

Si lo saben, pero aun así

RODOLFO MARCOS TURNBULL

I Las causas

Pocos informes de gobierno habían sido esperados con tan poco optimismo como el primero del presidente Zedillo. Un estado más o menos contagiado de desánimo y desesperanza permea a la sociedad mexicana: estamos mucho más preocupados y ocupados en sobrevivir a la crisis que en prestar atención a un discurso que no prometía mucho, tanto por el estilo del presidente (quien ha hecho declaraciones en casi todos los medios desde que tomó posesión y a base de repetir y repetirse parece no convencer a nadie), como por la evidente fractura existente entre el mismo discurso y los actos que deberían —o podrían— sostenerlo. Aquél es un discurso de gobierno —pobre política-mente que insiste o bien la justificación del pasado o bien en la promesa de un futuro mejor. Parece mucho más cercano, tanto por su supuesta *naïveté* como por su ligereza de pensamiento, de Carlos Cuauhtémoc Sánchez que de Bobbio: los "malosos" y las "palizas" beisbolísticas están del lado del lenguaje que los adultos utilizan para dirigirse a los bebés y muy alejado de lo que podría ofrecer el presidente a un pueblo defraudado que no sabe todavía qué pasó y quién es el responsable. ¿Cómo empatar ese lenguaje pueril frente al sentimiento adulto generalizado de malestar familiar y que el mismo presidente reconoce en la siguiente frase del informe: "Los mexicanos se esforzaron a la espera de un crecimiento que no llegó"? La frase anterior reviste una gravedad insoslayable que permite ver la manera en que el presidente se coloca frente a sus gobernados. Como si quisiera deslindarse de un pasado que, lo acepte o no, lo toca y le toca. ¿Por qué utiliza el pretérito indefinido (se esforzaron... no llegó) que fija un tiempo pasado perentorio, terminal, en vez de un pretérito perfecto que implica forzosamente una esperanza vigente?

¿Ya canceló el señor presidente, en su fuero interno, inintencionada pero eficazmente la posibilidad de que algún día nuestro esfuerzo cotidiano arroje un crecimiento del país y de sus habitantes? Ciertamente no pretendemos que se creen falsas esperanzas, pero entonces ¿para qué decir que se va a dar una paliza a la crisis si el crecimiento no llegó?

El informe presidencial, al margen de los cambios de ciertos rituales bien-venidos (pero no todos: el Seguro Social se está gastando un dineral en *spots* televisivos con "cápsulas" del discurso y de las "obras" realizadas no por el gobierno de la república sino, como dice la engolada voz del locutor, por el doctor Ernesto Zedillo Ponce de León), no difirió mucho de los precedentes, mucho más corto —lo que se agradece— pero nada más: dividido en tres grandes capítulos (la situación económica, la justicia y el avance democrático del país), el presidente intentó dar cuenta de las causas de la crisis por un lado y, por otro, en efecto como lo advirtió días antes, mandar un "mensaje" (parece que recubierto de un falso optimismo como lo demuestra la elección de sus tiempos verbales) que, quizá por el propio estilo de señor Zedillo, quizá porque para él el crecimiento ya está agotado, no sonó ni muy convencido ni muy sólido: pareció, más bien, un sonajero.

El problema de Zedillo al querer explicar las causas de sus acciones, sobre todo por lo que se refiere a la crisis económica (solamente con respecto a ésta las proporcionó) es que

ignora uno de los teoremas aristotélicos básicos al respecto: es necesario, dice Aristóteles, buscar siempre la causa superior (partiendo de la categorización de las causas: causa material, causa formal, causa eficiente y causa final). Cuando Zedillo nos dice que las causas fueron muchas y variadas: "déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos"; "financiamiento de proyectos de largo plazo con instrumentos de corto plazo"; "que se permitiera, más allá de lo prudente, la apreciación del tipo de cambio real", y "que las políticas financieras hayan reaccionado lentamente...", en efecto, no miente ni dice una incorrección, pero tampoco nos dice cuáles fueron las causas superiores que generaron aquéllas. De hecho, en lo que es un *lapsus calami* (que, como todos, nos dice siempre la verdad) le otorga a "las políticas financieras" estatuto de sujeto: ¿de cuándo acá una herramienta tiene voluntad por cuenta propia? Esto es tanto como pretender que ellas, las políticas, son autónomas de la inteligencia humana. Las políticas no reaccionan, se dictan.

El presidente avanzó todavía un poco más en la causalidad de la crisis al señalar que "Con absoluta convicción, sin embargo, afirmo que la crisis nunca habría ocurrido con tal gravedad, aun en presencia de muchos de los factores adversos señalados, de no haberse descuidado la generación de ahorro interno". He ahí, pues, lo que para Zedillo sería la causa superior (a medias: no olvidemos la partícula tal): la falta de ahorro de los mexicanos. Sin embargo, alguien todavía tendría que explicarnos porqué los mexicanos en ese sexenio (el presidente es preciso: la baja se dio entre 1988 y 1994) dejamos de ahorrar, o mejor aún, cuáles mexicanos dejamos de ahorrar, y todavía más, qué hicimos con el dinero que debimos haber ahorrado. Parece que la aseveración de Zedillo alude, aunque sea indirectamente, al reporte recientemente liberado del Banco Mundial en el que se afirma que no fueron los capitales extranjeros, golondrinos y especulativos, los que crearon la crisis. Se presume inclusive que, en todo caso, algunos de ellos fueron también afectados, lo que a nadie ciertamente puede conmovir. El reporte finca responsabilidad en la fuga de capitales mexicanos no especulativos (aunque, por lo visto, tan requeridos de seguridad que no aguantaron otras

"causas", no económicas, para fugar-se). Los "errores" de diciembre que dan en la visión zedillista como "ineludibles" esfuerzos para retener los capitales, pero "la pérdida de recursos continuó haciéndose cada vez más grave". Tampoco a este respecto se nos dijo porqué. Al ineludible esfuerzo correspondió, no olvidemos, el despido de su muy cercano colaborador Jaime Serra Puche. Pero los crímenes entre los administradores del poder, la transmisión misma del gobierno salinista a Zedillo (candidato-bateador "emergente", para seguir con la metáfora beisbolística), la zozobra que los devaneos de Salinas y Córdoba generaron, eso parece que se perdió en un tintero.

El problema, por más que se quiera soslayar y concediendo que se trata de algo verdaderamente muy complicado, no puede eximir la responsabilidad de sujetos (de preferencia humanos, si los escribientes y supervisores de discursos no disponen otra variedad): las políticas, se acepte o no, no tienen voluntad. Esta es facultad exclusiva de los hombres. Y no se puede, por ningún motivo, pretender que son resultado de "circunstancias". Si aceptamos este argumento resulta inevitablemente una muy grave pregunta en el aire: ¿qué papel jugaron algunos sujetos en las causas superiores?, digamos los secretarios y subsecretarios del sexenio anterior que participaron en el diseño de las políticas programáticas financieras, fiscales, comerciales y presupuestales. ¿Qué papel jugó el doctor Zedillo en su creación y en su aplicación?

II Un saber desestimado

La segunda parte del apartado referente a la crisis económica lo dedicó el presidente a dar cuenta de los resultados obtenidos con las medidas que se tomaron para resolver los problemas.

De entrada, la percepción presidencial es la de que los principales problemas habrían sido de orden macroeconómico. El desastre financiero hubiera sido mayúsculo y se habría generado una crisis sin precedente y, sobre todo, de proporciones desastrosas. Lamentablemente no nos señala las razones para sostener tal aseveración. Quizá se encuentren en el informe escrito que mandó a la Cámara y al que, dada mi posición de simple ciudadano, no tengo acceso (como la mayoría de los mexicanos). Y parece que se quiere desconocer que se hizo un hoyo para tapar otro, lo que nos es confirmado mediante un mecanismo psicológico inconsciente absolutamente eficaz: la renegación.

Una variedad de la perversión, en sentido psicoanalítico, es el fetichismo. En términos que arriesgan la sobresimplificación, consiste en la organización particular del deseo sexual de tal manera que la satisfacción sexual completa sólo puede alcanzarse mediante la utilización de un objeto determinado (el fetiche) y que sustituye un significante fálico (la falta en la madre). En el siglo XIX fue ampliamente descrito por autores como Ellis y Krafft-Ebing. El fetichista escoge un objeto: un zapato, una prenda, el cabello, un dedo, que deviene su único objeto sexual. Le otorga un valor absolutamente excepcional. El mecanismo (no su fuerza, sin embargo) nos es más o menos común a todos. Freud va más allá al establecer que esa sobrevaloración de objeto refleja el valor que ciertas culturas otorgan a los objetos en que ven encarnados a sus dioses. En nuestro mundo posmoderno, ¿no es precisamente sobre este rasgo —su valor excepcional— que se basa la psicología de la publicidad de ciertos productos?

La importancia del fetichista para el psicoanalista no estriba únicamente en el carácter perverso de aquél sino que tiene alcances mucho más amplios: se pueden rastrear muchos rasgos fetichistas en la psicopatología cotidiana.

El mecanismo por medio del cual se echa a andar esta operación se llama "renegación". A través de él, el niño se protege de la amenaza de castración mediante el rechazo a la diferencia anatómica de los sexos: no hay nada que haga a una niña diferente a O. Es un concepto amplio en el sentido de que nadie escapa a enfrentarse a esta amenaza. Pero no todos lo resuelven de la misma manera. El fetichista se desarrollará mediante un compromiso: en lugar del objeto perdido colocará ahí un sustituto. Es decir, el fetiche ocupará el lugar de la "no falta".

Esta reflexión permitió a Freud darse cuenta de que su concepto se presenta floridamente en la vida diaria. De hecho, muchas sustituciones cotidianas observan este rasgo. El duelo freudiano, por ejemplo, es en el fondo un mecanismo fetichizado: un nuevo objeto, que sustituya al ido, supuesta-mente permitiría un duelo digamos "efectivo".

Pero quizá más importante es que Freud, en un pequeño artículo de 1938, *La escisión del yo en el proceso defensivo*, adscribe a la renegación un papel mucho más amplio: se plantea como un mecanismo que forma parte integral de la estructura misma del psiquismo. Aparece como una tentativa fallida de desapegar el yo de la realidad, o mejor, de **negar una percepción**.

Octave Mannoni, el psicoanalista francés fallecido hace algunos años, es quien de manera brillante —acudiendo tanto a su clínica psicoanalítica como a su profundo conocimiento de la literatura y, sobre todo del teatro— ha desplegado mejor este concepto. En un ensayo de 1964 (1963) publicado en *Le Temps Moderne* y que en español fue publicado en un libro de ensayos¹, desarrolla ampliamente la articulación entre las creencias, el mecanismo de renegación y la percepción. El ensayo se enmarca bajo la idea de que "existen lugares, tanto en el mundo *real* como en el espíritu más *racional*, donde los signos no se presentan sólo como arbitrarios, en el sentido en que ya lo son en las más rigurosas de las ciencias, sino por así decirlo, como signos en estado puro; es decir, como engañosos sin que por ello puedan engañar a nadie. Una multitud, incluso oscura y vulgar, reconoce su verdad, que es

también su ilusión, ante las mentiras del teatro, de sus sueños, de sus lecturas y sus pasiones. Por doquier, tanto en nosotros como fuera de nosotros puede siempre abrirse la *escena* donde lo que es, es siempre *otro*. El hombre positivo que intenta reducir a la irrealidad esta *otra escena* no es el menos extraviado. La mayor locura se explica sin duda en virtud de una cierta manera de haber perdido esa otra escena..."

El punto de partida de Mannoni es la frase tantas veces escuchada en la clínica como fuera de ella *Ya lo sé, pero aun así*, y que da título al ensayo. Esta frase se repite insistentemente. Un ejemplo que Mannoni toma de Freud es el de un paciente de éste a quien una adivina había predicho que su cuñado habría de morir en el vera-no. Transcurrido el lapso, el paciente dice a "Ya sé que mi cuñado ha muerto, pero aún así, esa predicción era formidable". Tenemos tendencia, dice Mannoni, a apoyarnos en el sustrato positivista del "ya lo sé". Eso resolvería cualquier problema. Nada más aje-no a la duda, nada más tranquilizante que un "ya lo sé". El problema, dice Mannoni, es la segunda partícula de la frase. "Pero aun así", que de hecho da sustento a la primera al mismo tiempo que la desautoriza. La partícula "pero aun así" encuentra su razón de ser por-que mediante ella se manifiesta el deseo. En el caso del paciente de Freud la adjetivación de la predicción nos daría una pista sobre la fuerza del "pero aun así": ¿qué era formidable, la predicción o la muerte del cuñado?

III Las medidas

Todos conocemos las medidas, si no por su términos técnicos, sí por cuanto que en mayor o menor medida las estamos padeciendo. No es vano remarcar que la diferencia en ese mayor o menor no es poca cosa. No es

lo mismo no tener para darse una buena vida que perder casa o negocio. O que no alcance para lo más básico. Parece que el único que no ha perdido es el gobierno: el superávit fiscal es objeto de orgullo, blasón en el FMI, ejemplo (¿otra vez?) a seguir. Pero más bien es como quien dijera: "ya sé que tienes hambre, ya sé que vas a tener que cerrar el negocio (no se te olvide ser buen mexicano y pagar tus impuestos antes de cerrar), pero a mí me salen muy bien mis cuentas."

Nos dice el presidente que para evitar el "quebrantamiento por completo de la economía nacional", se tomaron las medidas severas del ajuste. En base a ese argumento justifica tanto las mis-mas medidas como sus efectos. Supuestamente todos las hemos sufrido pero resbala cuando concede que se cambió la deuda del gobierno: ésta se pasó del corto al largo plazo; es decir, que se privilegió a un solo sector, en este caso a los acreedores. Quizá por eso y porque los principales eran extranjeros —públicos y privados— se pudo renegociar con relativa tanta facilidad la deuda.

El verdadero problema, sin embargo, radica en la concepción —ahora lo puedo decir— fetichista de las medidas: en la única referencia abierta a los efectos de la crisis, y después de ponderar positivamente los resultados macroeconómicos de las medidas adoptadas, el presidente Zedillo dijo: "Los costos de la crisis han sido muy grandes y dolorosos, **pero** habrían sido mucho mayores de no haberse adoptado el programa de ajuste económico".

He ahí, desplegado sin mucho pudor, el verdadero alcance de la consideración gubernamental, no tanto sobre la crisis sino sobre las medidas tomadas. Saben del dolor, pero aun así... ¿Verdaderamente saben? ¿Qué acciones y programas concretos se han aplicado, como dice el presidente, "para atenuar los costos sociales y aliviar los efectos de la recesión económica"? No nos engañemos: el programa de ajuste es mucho más severo en lo concreto, en lo cotidiano, de lo que están dispuestos a reconocer; finalmente lo llegan a hacer, pero de forma inconsciente como *lapsus* o como actos fallidos; con sintaxis que los delatan; diciendo sin querer decir; dejando escapar que lo verdaderamente

importante para ellos es el carácter macroeconómico de su acción de gobierno; acusando, finalmente, la carencia de un plan político al cual someter el delirante proyecto macro, que hiciese del bienestar para la familia la auténtica brújula de su pensamiento y de su obra.

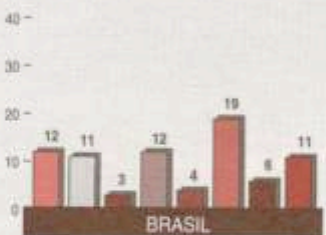
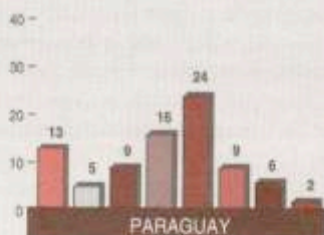
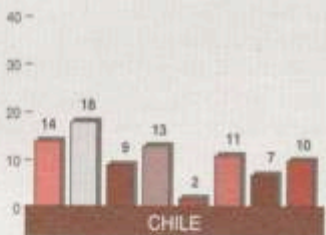
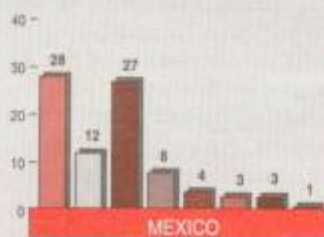
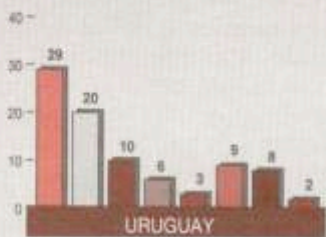
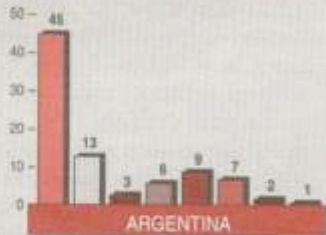
I. Octave Mannoni, *La otra escena, claves de lo imaginario*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973.

LATINOBARÓMETRO

Problema nacional más importante

LATINOBAROMETRO

Problema nacional más importante



Fuente: Latinobarómetro, 1995

MORI
DE MEXICO